

## **VIRGEN DE LA MONTAÑA**

(Cáceres, 7 de octubre de 2024)

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Cáceres está de fiesta, una fiesta que dura todo el año. Y no es para menos. Estáis celebrando con toda solemnidad el Centenario de la coronación canónica de la Virgen de la Montaña, vuestra Virgen, vuestra excelsa patrona, a la que tanta devoción tiene esta ciudad y alrededores, que fue creciendo desde el siglo XVII. Confieso que en mi mente y en mi corazón quedaron bien impresas las imágenes de la “Bajada de la Virgen” desde la “Sierra de la Mosca”, como así se le conoce al lugar donde se encuentra el santuario, hasta la con-catedral de Santa María, y a la la que tuve la gracia de asistir no hace mucho tiempo. Seguid, queridos cacereños, amando a María en esta advocación de la Virgen de la Montaña.

Hoy la Iglesia celebra la fiesta de la Virgen del Rosario, instituida por San Pío V para recordar la victoria de los cristianos en la batalla de Lepanto (1571). Dejémonos en nuestra reflexión por las lecturas bíblicas apenas proclamadas. En el llamado “proto-evangelio” que hemos escuchado en la primera lectura se nos habla del primer pecado y de sus consecuencias, pero también escuchamos el primer anuncio de la salvación: “Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón” (*Gen 3, 15*). La descendencia de la que nos habla el texto es Jesús, que nos viene por la Virgen María. Jesús y María son en el Nuevo Testamento el nuevo Adán, la nueva Eva. Es lo que San Pablo confirmó en la lectura de hoy: “Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dio a su Hijo, nacido de mujer” (*Gal 4, 4*). Con razón todas las generaciones la llamamos: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!” (*Lc 1, 42*). Bendita tú entre las mujeres, decimos hoy nosotros, Virgen Santa de la Montaña.

“En aquellos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña” para visitar a su prima Isabel (cf. *Lc 1, 39*). María va de prisa, movida por el deseo de ayudar y servir a su prima mientras durase su embarazo (cf. *Lc 1, 56*), y comunicarle al Salvador que lleva en su seno, reconocido por Juan apenas María saludó a Isabel (cf. *Lc 1, 44*).

Hay que notar que en Oriente no se corre. Mientras nosotros occidentales con frecuencia somos esclavos del tiempo, los orientales son sus amos y señores. Por este motivo hemos de prestar mucha atención a esta prisa de María. En el Nuevo Testamento solo corren los pastores porque van a ser testigos del nacimiento del Señor (cf. *Lc 2, 16*); corre María Magdalena al encuentro de Pedro y el otro discípulo, para comunicarles que algo extraño ha sucedido con el cuerpo de Jesús (cf. *Jn 20, 2*); también correrán Simón Pedro y el otro discípulo, porque deberán ser testigos de la resurrección del Señor (cf. *Jn 20, 4*); correrán los dos de Emaús para contar a los demás discípulos lo que les había sucedido en el camino (cf. *Lc 24, 35*); correrán María Magdalena y la otra María, pues les urge comunicar que el Señor ha resucitado (cf. *Mt*

28, 8). En el texto de la visitación que nos sirve de guía en esta reflexión María de Nazaret corre, porque le urge comunicar al Salvador. Su prima necesita de sus servicios y no se da tregua. Se pone en camino con presteza. Todo al ritmo del Espíritu Santo, ese Espíritu que, habiéndose posado sobre María (cf. *Lc 1, 35*), llena ahora, a través de María, a su prima Isabel y hace que Juan salte de gozo en su seno (cf. *Lc 1, 44*); gozo del que María es portadora y comunicadora. Visitada por Dios, ahora María visita a Isabel.

El misterio de la visitación de María a su prima Isabel nos lleva a reflexionar sobre nuestro compromiso para llevar a Cristo a los demás, un compromiso que alcanza a todos los bautizados y no solo a unos cuantos, pues, por vocación y misión, todos los bautizados somos portadores de Jesús, llamados a restituir el don del Evangelio. No hay bautizado que se precie de serlo que no sienta la urgencia de compartir el Evangelio con los demás. El Evangelio nunca es un don solo para utilidad propia. El Evangelio es un don destinado a ser compartido. Nadie que se haya sentido visitado, abrazado por Dios, puede hacer a menos de anunciarlo, de compartirlo *con los de cerca y con los de lejos* (cf. *Ef 2, 17*). No es posible sentir el abrazo infinito de un Dios locamente enamorado de nosotros, sin ponerse en camino, de prisa, para visitar y anunciar ese amor a los demás. Quien no comporte el Evangelio con los demás, quien no se sienta misionero allí donde esté –en el trabajo, en la familia, en el estudio–, debe preguntarse seriamente por su experiencia real de Dios, por su encuentro con el Señor; debe preguntarse, si tiene o no fe, si es o no creyente. No es lo mismo ser persona religiosa, que ser creyente, discípulo de Jesús.

En este sentido ya no caben cristianos “clandestinos”, cristianos solo de nombre que piensan que eso de llevar a Cristo a los demás es solo para otros. Como Pablo, todo bautizado, tú y yo, hemos de sentir la urgencia de proclamar con nuestra vida y nuestra palabra, la Buena Noticia de Dios a la humanidad: Cristo, el Señor. “Ay de mí si no evangelizare”, dirá Pablo (*1Cor. 9, 16*), a “tiempo y a destiempo” (*2Tim 4, 2*), en toda ocasión (*EG 23*) y lugar. El Evangelio de la visitación, así como la devoción a la Virgen de la Montaña, nos está pidiendo que salgamos y vayamos *a los cruces de los caminos* (cf. *Mt 22, 9-10*) para encontrarnos con los lejanos e invitarlos a todos, también a los excluidos, a gustar la alegría del Evangelio (cf. *EG 24*). No cedamos a la tentación de querer una Iglesia introvertida, una Iglesia encorvada sobre sí misma (cf. *EG 27*). Trabajemos por una “Iglesia en salida”, que con alegría lleva a los demás la alegría del Evangelio. Y hagámoslo con alegría. Visitando a Isabel, María canta. Los cristianos, si queremos ser creíbles en el anuncio del Evangelio, no podemos tener “rostro de funeral” (cf. *EG 10*); no podemos vivir en permanente estación de cuaresma sin perspectiva de pascua (cf. *EG 6*).

Pero todo ello presupone que nos dejemos alcanzar por Jesús, conquistar por él, como Pablo de Tarso (cf. *Fil 3, 12*); presupone que nos dejemos visitar por Jesús, como María (cf. *Lc 1, 26ss*), como Zaqueo (cf. *Lc 19, 1ss*); presupone que nos dejemos habitar por el Evangelio; presupone que la Palabra de Dios arda en nuestro corazón mientras vamos de camino, como en el caso de los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24, 32*).

No podemos evangelizar sin antes ser evangelizados, no podemos comunicar a los demás a Jesús, si antes no dejamos que el Evangelio, que el Señor, entre en nuestro corazón y cambie nuestra vida.

Viendo el paso ligero de María para visitar a su prima Isabel hemos de preguntarnos: ¿Cómo vivo mi vida cristiana? La rutina, el aburrimiento y el cansancio ¿han entrado a formar parte de mi vida? ¿Quién me ve se da cuenta de la belleza de creer en Jesús? ¿No tendremos que cambiar nuestra actitud de cristianos y pasar de la rutina a la creatividad, del cansancio a un paso ligero? El Señor nos cura del cansancio, como a Elías, invitándonos: “Levántate, come y echa a andar, pues largo es el camino que te espera” (1R 19, 7).

En estos días la Virgen de la Montaña visita a sus hijos que viven en esta ciudad de Cáceres. Como en las bodas de Caná nos dice: “haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5). Y si lo escuchamos Él nos dirá: Id y anunciad a todos el Evangelio (cf. Mc 16, 15); id y proclamad que Dios es amor y que ama a todos “más allá de todo”, más allá de nuestros pecados (cf. EG 10). Devotos de la Virgen de la Montaña: id, poneros en camino, como María, de prisa, y anunciad a todos la alegría del Evangelio. *Fiat, fiat, amen, amen.*